

SOBRE PENSAMIENTO, RETÓRICA Y NARRACIÓN

Pretendemos abordar de manera selectiva uno de los debates de la llamada *postmodernidad*, para comentar ciertos aspectos que aún permanecen abiertos al signo de los tiempos. En el primer bloque se propone un bosquejo de algunas relaciones conceptuales entre pensamiento, retórica y narración; en segundo lugar se traza un breve recorrido histórico centrado en algunos hitos fundamentales; y el tercer epígrafe se abre a ciertas consideraciones críticas. Se trata, en conjunto, de retomar una tradición minoritaria en la historia del pensamiento que podemos denominar *artificialista*, en contraste con la mayoritaria *naturalista*, aun a costa de simplificar un poco. A título orientativo cabe decir que la primera se centra en el tratamiento lingüístico (relativo en términos culturales e históricos) de peripecias genuinamente humanas en clave ética y política, mientras que la segunda arranca de un tratamiento epistemológico cifrado en el valor objetivo y universal de la verdad, aplicado a la realidad toda. Desde luego no son tipos puros ni siempre enfrentados —por el contrario, nos importa su complementariedad—, pero acaso nos provean de elementos para la reflexión. Por lo demás, elegimos una técnica *impresionista* acorde con el asunto, es decir, sin pretensiones sistemáticas y ceñida a ciertos datos esenciales.

I. PLANTEAMIENTO TEMÁTICO Y DE SITUACIÓN

Recordemos un mínimo diagnóstico sobre ciertos avatares del presente filosófico: parece clara —en el marco del consabido «giro lingüístico»— la crisis de los llamados *metarrelatos* conceptuales, así como el imparable avance de los formalismos científico-técnicos, a la par que se reivindica desde ciertas posiciones críticas la preeminencia del *mundo de la vida* en sentido amplio. Se ventila el hecho social, dicho en breve, de que el «cálculo de interacciones» en un mundo informacional ha sustituido a la «definición de esencias» y que la legitimación viene dada por criterios de performatividad, donde el valor de cambio y la eficacia instrumental sustituyen al valor de uso y a los fines, con la consi-

guiente «pérdida de sentido»¹. Con independencia de otros juicios, hay cambios vertiginosos y desafíos que demandan agilidad reflexiva, sencillamente para no quedar fuera de juego. ¿Qué ocurre con las dimensiones no sólo pre- y post-lógicas, sino pre- y post-informacionales? ¿Es posible un nuevo modelo de saber narrativo que sirva a esa dotación de sentido? Dejando de lado otras posibles respuestas al abigarrado y concurrente panorama de la complejidad actual², hay que repensar el viejo pasaje filosófico que de la admiración clásica, pasando por la duda metódica, nos ha llevado a la confusión semiótica de hoy. Sin la pretensión de respuestas seguras, parece obvia la necesidad de integrar flexibles concepciones ontológicas con posiciones (auto)críticas de la razón e intenciones prácticas de nuevo aliento. Camino azaroso ya emprendido y donde cierto pensamiento narrativo reclama un papel frente a la *tecnocracia* científica, económica y política, sin que él mismo escape a un gran caudal de críticas.

Para resumir el estado de la cuestión citaremos «el contexto de un giro desde la filosofía de la conciencia a la filosofía del lenguaje, que rompe de forma particularmente furiosa con la herencia de la filosofía del sujeto. Pues sólo cuando de las categorías filosóficas básicas han sido expulsadas todas las connotaciones de autoconciencia, autodeterminación y autorrealización, puede el lenguaje (en vez de la subjetividad) autonomizarse y convertirse hasta tal punto en destino epocal del Ser, en hervidero de significantes, en competencia de discursos que tratan de excluirse unos a otros, que los límites entre significado literal y metafórico, entre lógica y retórica, entre habla seria y habla de ficción quedan disueltos en la corriente de un acontecer textual universal (administrado indistintamente por pensadores y poetas)»³. Se trata, pues, de una pugna de contendientes entrelazados en diversos frentes, por lo que conviene advertir que la postura aquí examinada pretende desmarcarse por igual del objetivismo y del desconstruccionismo, precisamente para recuperar cierta noción de *subjetividad* que bien podría llamarse humanista. Aproximar lógica y retórica, discurso teórico y ficción, no tiene por qué suponer una amalgama donde «todo vale» o una hipertrofia lingüística sin más referente que su laberinto. Además, el académico «acontecer textual universal» acaso no resulte tan decisivo en el curso histórico de las civilizaciones ni parece que sean pensadores y poetas quienes administren nada fundamental. Tal vez sería bueno distinguir entre las fuerzas enfrentadas y trazar prioridades.

No parecen hoy satisfactorias las vías que hacen de la lengua un trasunto de la lógica del pensar metódico, sino que se impone el «abandono del pensa-

1 Cf. J.-F. Lyotard, *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 1984, pp. 16, 55, 112. No podemos entrar en las complejas relaciones entre saber y poder.

2 Cf. L. Espinosa Rubio, 'Por una nueva voluntad de inteligencia', en *Problemas fundamentales del conocimiento*, Actas del VII Encuentro de la Sociedad Castellano-leonesa de Filosofía, Salamanca, 1993, pp. 131-139.

3 J. Habermas, *Pensamiento postmetafísico*, Taurus, Madrid, 1990, p. 242.

miento categorial basado en la primacía ontológica del sistema lingüístico, la langue saussuriana, sobre su realidad contingente, y su sustitución por un pensamiento que tomara en serio la irreductible, absoluta diversidad del lenguaje real, y que desarrollara expresa y sistemáticamente la dialéctica de virtualidad y realidad que es la vida del lenguaje», sin abandonar por ello la referencia a ciertas estructuras básicas de lo humano que son universales, como ya indicara con tino revolucionario Humboldt⁴. Versatilidad dinámica y temporal del lenguaje que debe conjugarse con algunos patrones estables de la vida humana, en tensión sustantiva que desafía al nuevo saber buscado. Tampoco es de recibo una crítica al logocentrismo que funde significado y significante en la «diseminación» de huellas o «trazas» que hay que desconstruir en tanto sistema de diferencias intertextuales: «El juego de las diferencias supone, en efecto, síntesis y remisiones que prohíben que en ningún momento, en ningún sentido, un elemento simple esté presente en sí mismo y no remita más que a sí mismo (...) Este encadenamiento hace que cada elemento —fonema o grafema— se constituya a partir de la traza que han dejado en él otros elementos de la cadena o del sistema. Este encadenamiento, este tejido, es el texto que sólo se produce en la transformación de otro texto (...) No hay, de parte a parte, más que diferencias y trazas de trazas»⁵. Tela de araña infinita, pues, que pretende invertir las jerarquías conceptuales, considerar lo marginado en los discursos, deshacer oposiciones ideológicas, etc., pero que acaba por homogeneizarlo todo en la isotropía del texto y renuncia a cualquier alternativa crítica de racionalidad. Por consiguiente, ambos extremos nos resultan insuficientes —el lenguaje según el patrón lógico-ontológico tradicional o según el criterio nivelador del *palimpsesto* universal—, por lo que deben indagarse vías más flexibles y complejas, no exentas de implicaciones éticas y políticas en su primera intención. En otras palabras, algo que concilie con lucidez y jerarquía la decantación de los aspectos intra y extratextuales.

La pregunta a efectos de nuestro asunto es si hay un saber narrativo con la suficiente consistencia como para vincular en un nuevo tipo de sujeto las notas cognoscitiva, ética y jurídica de la modernidad, sin renunciar al proyecto ilustrado una vez rectificado. Semejante problema excede con mucho las posibilidades de este trabajo, pero no renunciamos a hacer algunas observaciones de la mano de autores más o menos clásicos. En efecto, ¿se puede olvidar impunemente que bajo un punto de vista todo lenguaje es inevitablemente figurado,

4 A. Agud, *Enfoques modernos y postmodernos en la Lingüística*, Actas del IV Encuentro de la Sociedad Castellano-leonesa de Filosofía, *Crisis de la Modernidad*, Salamanca, 1991, p. 123. Así, frente a los modelos de Bauzée o Condillac, el lenguaje para Humboldt «tiende ciertamente puentes de una individualidad a otra, más la diferencia antes la acrecienta, pues al ir haciendo los conceptos más nítidos y afinados, pone más claramente ante la conciencia hasta qué punto la diferencia hunde sus raíces en la disposición originaria del espíritu», cit. p. 124; a lo cual debe añadirse la íntima relación entre cada lengua y cada pueblo.

5 J. Derrida, *Posiciones*, Pretextos, Valencia, 1977, pp. 35 s.

que el pensamiento es *también* metafórico, y que ambos fluyen creadoramente so pena de esclerosarse, oscilando entre lo general y lo particular en tensión irresoluble?, ¿hay un uso narrativo de la *palabra* que incorpore el conocimiento de cosas e ideas? Quizá ciertas formas de narración puedan dar cumplimiento a la inversión moderna de la contemplación por la praxis sin reduccionismos, toda vez que el relato reconstruye lo sido por lo hecho desde la médula temporal de la existencia.

Hay que volver la mirada a la tradición aquí llamada artificialista para buscar ciertas constantes sapienciales y acaso emancipatorias, es decir, otras respuestas posibles a las necesidades pragmáticas, cognoscitivas y prácticas que originan el pensamiento como actitud-aptitud fundante para vérselas con lo real. Adoptamos, pues, una óptica hermenéutica que busca sentidos en vez de leyes, desde una perspectiva holista, argumentativa y revisable, dados unos contextos culturales (redes de significación no arbitrarias y valoradoras) en constante interacción con eso designado y a la vez impuesto *per se* como *realidad*. Si como dijo Nietzsche, lo que tiene historia no tiene definición (al menos no cerrada), habrá que realizar un breve escrutinio histórico cuya hipótesis de partida estriba en la parcial continuidad entre algunos principios de la retórica clásica, los saberes del humanismo y los contemporáneos discursos narrativos. Dejando aparte diferencias obvias, en especial el sentido de la temporalidad, podríamos recurrir a la síntesis canónica de G. Campbell (*Philosophy of Rhetoric*, 1776) para expresar ese núcleo común de funciones: iluminar el entendimiento, complacer la imaginación, suscitar las pasiones e influir sobre la voluntad. Denso y multilateral proyecto que no se deja atrapar por ciertas simplificaciones y que no renuncia a intereses cognoscitivos.

Y es que, una vez cuestionado el «intelectualismo moral» y rechazada la «falacia naturalista», habrá que introducir una lógica de lo preferible, prudente y deliberativa, que movilice los afectos con argumentos —no sólo verbales pero también elocuentes—, en el marco de una experiencia de ensayos y errores, ajena por igual al escepticismo y al dogmatismo⁶. En otras palabras, la retórica no tiene que ser el cajón de los desechos para aquello que no ha podido ser formalizado por la lógica o la gramática; bloque éste después contrapuesto a su vez al *cuadrivium* hasta la escisión histórica de una formación humana integral. Porque una buena parte de los conflictos y las malformaciones de la razón provienen de ese afán excluyente y reductor, como es sabido. Por eso se ha reaccionado contra tal relegamiento de la retórica hacia lo individual, lo emotivo y manipulador, cuando lejos de una metafísica del lenguaje puede ofrecer un saber propio a incluir en el espacio público de lo racional⁷. En efecto, la *inventio* y la *dispositio* retóricas, por ejemplo, son consustanciales al establecimiento de lo público y a su catálogo de usos, costumbres, estra-

6 Cf. V. Camps, *Ética, retórica, política*, Alianza Universidad, Madrid, 1988, pp. 31, 42, 53.

7 Cf. Paul de Man, *Resistencia a la teoría*, Visor, Madrid, 1990, p. 35.

teguas y normas, donde lo ilocucionario y lo perlocucionario no son fácilmente separables. Veamos algunos ejemplos relevantes de ese proceso constituyente e integrador de factores.

II. NUDO HISTÓRICO

II.1. Como es obvio, se trata de incursiones selectivas y puntuales en autores o grupos que pueden proporcionar algunos datos básicos, a veces comunes y recurrentes, para elaborar una panorámica de la retórica y después de la narratividad. Los denostados sofistas son un buen punto de partida, por cuanto anteponen el *Nómos* a la *Physis* con todo lo que implica de primado de la cultura y de las relaciones sociales en sentido amplio: en la línea de los poetas y no de la especulación jonia, los sofistas se presentan como maestros de la virtud y la excelencia para dar a los ciudadanos un saber resolutivo y eficaz en todos los ámbitos de la vida (*eubulia*). Modelo retórico para la acción⁸ según la tríada saber-decir-poder, ajeno al supuesto isomorfismo entre «*physis*» y «*logos*» que rige en el saber *naturalista*, o a la acumulación erudita: ni totalización filosófica concedora de esencias inmutables, ni especialización unilateral, sino proyecto de un hombre libre y cultivado que todo lo toca «con medida». Pero añadamos pronto que no se da necesariamente el engaño y la manipulación, como quiere el tópico, sino una posición coherente que relega la ontología en beneficio de la praxis. Así, el conocido relativismo de Protágoras enseñada deja paso a la mediación social y cultural: «Esta doctrina se resuelve en estas palabras: sobre lo justo y lo injusto, lo santo y lo no santo estoy dispuesto a sostener con toda firmeza que, por naturaleza, no hay nada que lo sea esencialmente, sino que es el parecer de la colectividad el que se hace verdadero cuando se formula y durante todo el tiempo que dura ese poder» (DK, II, 80, A 21 a). Por tanto, negación de todo iusnaturalismo y formulación reformable de normas y valores, además en términos democráticos según la época.

El peculiar saber narrativo que se propone, dado este marco, es aquel que convierte los afectos nocivos en dichosos y constructivos, por analogía con la curación médica, a través del discurso (cf. Platón, *Teeteto*, 166 a, 168 c). Así, una vez salvada la autonomía individual y el hecho de que la virtud varía según el sujeto y su contexto (cf. *Menón*, 71 e), Gorgias no tiene inconveniente en ensalzar las virtudes colectivas —tomando como modelo la heroicidad de los

⁸ Los sofistas «proponen normas totalmente humanas, positivas, racionales que reemplacen al azar ciego o las luces sobrenaturales del oráculo, para la conducta general de la vida, la actividad política y las relaciones humanas. Bien es verdad que pretenden regular y codificar la acción, enseñar técnicas del éxito (...) En el marco de la ciudad, el instrumento necesario de la acción, aquél cuya maestría concede poder sobre otro, es la palabra», J. P. Vernant, *Mito y pensamiento en la Grecia clásica*, Ariel, Barcelona, 1985, p. 301.

atenienses caídos en combate— a partir de la *epiqueia* que atempera la ley, la prudencia que modula la fuerza, el valor y la belleza, etc. (cf. DK, II, 82, B 6). Lo importante es reajustar las conductas de manera productiva y aprender de otros, lo que no aboca ineludiblemente a la doblez; y, sobre todo, enriquecer la personalidad y disponerse convenientemente ante los hechos, en lo cual cabe el deseo de poder, legítimo en principio. La retórica es el instrumento de esta cualificación no sólo porque cambie el ánimo, sino porque puede informar mediando entre las ciencias y las opiniones, a la par que expresa los códigos y símbolos convencionales, estimula y orienta. En efecto, la palabra es para Gorgias el ser sutil que todo lo penetra, el poderoso agente que puede «eliminar el temor, suprimir la tristeza, infundir alegría, aumentar la compasión»; fascinar y mandar —lo cual es injusto si hay violencia o privación de libertad—; y convencer, como atestiguan las prácticas filosóficas, judiciales y políticas (cf. *Elogio de Helena*, DK, II, 82, B 11). Créense entonces los controles necesarios para evitar el abuso en cualquiera de sus formas, pero no se olvide —por citar algo paradigmático— que la tragedia para Gorgias es un bello ejemplo de engaño literario que promueve la justicia y la sabiduría a través del goce estético (cf. Plutarco, *De glor. Athen.*, 5, 348 c). He aquí el potencial innegable de la palabra, incluso al servicio de la ficción.

De tan apretado bosquejo sólo queremos servirnos para ilustrar las opciones (naturalista y artificialista) e introducir la importancia capital del saber narrativo para la praxis: precisamente como relato de las acciones humanas, en su caso admirables y/o conmovedoras, ciertas o inventadas; o como instrumento para la conversión interna y externa... su eficacia moral y política es evidente. Preeminencia de la palabra que nace de la vida colectiva y no se somete a leyes inflexibles dictadas desde fuera de lo humano, con independencia del uso que de ella se haga. Hasta Aristóteles —como es sabido, crítico contundente junto a Platón de los sofistas, aunque en distinto grado y forma— reconocerá el carácter empírico y persuasivo de la retórica allí donde no caben demostraciones, como en la ética (cf. *Et. Nic.*, I, 1094 b, 23-27). Y es que esta función será la central en el pensamiento posterior: guiar y transformar moralmente (*metánoia* o *metaméleia*), ya que la palabra y las conductas ejemplares pueden modificar la vida, a su vez entendida como *agón* donde hay capacidad de elegir y de recibir educación. Tal es el sentido protréptico de relatos que conmueven y persuaden para lograr la Eudaimonía, como p. ej., *La sabiduría de Nigrino* de Luciano. En definitiva, importa lograr el conocimiento propio a través de peripecias que nos interpelan y estimulan, más al parecer que determinados principios o discursos teóricos.

Si damos un pequeño salto temático, más que histórico, hemos de aludir a Cicerón como referencia central de épocas ulteriores. Y ello para mencionar cierto giro epistemológico a partir de su diferenciación entre «ars demonstrandi» y «ars inveniendi» (cf. *Topica*, II, 6): el primero, racional, establece la forma del juicio, pero no del descubrimiento de la verdad; mientras que el segundo, ingenioso, descubre relaciones o «similitudines» novedosas entre las cosas (cf. *De*

finibus, V, 18; *De inventione*, I, 30, 49). Ampliaremos más tarde este asunto, pero ahora nos quedamos con el papel decisivo de estas últimas artes que nos separan de la *feritas* y nos acercan a lo divino, y cuya principal manifestación es la palabra culta que expresa un pensamiento ajustado (*ratio dicendi*). La retórica es así el arte de hablar en la plaza (cf. *De oratore*, I, 4, 12) y el vehículo creador de la sociedad (cf. *De natura deorum*, II, 59, 148). Potencia constituyente y definitoria de lo humano que de la mano de Dante, entre otros, pasará como legado nuclear al humanismo renacentista, en el que vale la pena detenerse un momento para destacar lo mucho que trasciende la frecuente lectura filológica, literaria o estetizante que lo relega al desván de la filosofía.

En efecto, la *humanitas* no se adquiere por una razón abstracta, sino que mienta el ejercicio de un saber práctico, dúctil y polivalente, presto a la acción; incluye virtud y erudición de consuno y se adquiere por medio de los *Studia humanitatis* que alimentan tanto la mente como la conducta, toda vez que la ética prima sobre la física. Con otras palabras —en segundo lugar—, puede decirse que el ingenio auna *litterarum peritia* y *rerum scientia*, tradición y experiencia, según enseñan ilustres sabios⁹. Formación integral que nos abre una vez más a la ética y la política, y cuya corona es la elocuencia que deleita y remata la mostración de la vida buena. A lo que debe añadirse la atención a la pluralidad de fuentes clásicas que despierta la sensibilidad histórica, y no sólo en términos de recepción pasiva, sino como auténtica re-creación de sentidos mediante la incesante recuperación, acuñación y adaptación de términos. Baste citar a G. Pontano, quien —como se ha dicho— subraya el carácter creativo de la palabra en todos los órdenes y certifica la unidad de poesía, arte oratoria e historia: «El historiador no sólo ha de describir, así, el nexo causal de los acontecimientos, sino también la comprensión individual que hace el actor de la situación correspondiente (...) ha de exponer la postura ética, el carácter del protagonista, la tradición de la que procede el estratega, el político (...) La *res* del historiador incluye una doble dimensión: por un lado, el *esclarecimiento de la situación histórica* en su concatenación causal; por otro, el ingenio, la *valoración* siempre nueva que se hace de la situación y que se pone de manifiesto en el fin elegido para la acción», con lo que se escapa a la subjetividad de la narración¹⁰. Tendremos ocasión de contrastar la extraordinaria actualidad de esta concepción narrativa al referirnos a varios autores contemporáneos. Quede constancia aquí de la explicación causal y cronológica de la acción, amén del aspecto valorador y teleológico, intencional.

9 Cf. Salutati, *Epistolario*, ed. de Fr. Novati, Roma, 1891 ss., t. III, Libro XII, n. 18 y Libro XIII, n. 2, pp. 534 y 585. Y L. Bruni, *De studiis et litteraris liber*, ed. H. Baron, Leipzig, Berlín, 1928, pp. 5 ss.

10 E. Grassi, *La filosofía del humanismo*, Anthropos, Barcelona, 1993, cit., p. 81. Apellamos a este notable estudio para eximirnos de más detalles.

Nada lejana es la posición de G. Veronese sobre la prioridad de la *ratio vivendi* respecto a la *ratio cognoscendi*: son los casos históricos, bien contextualizados, los que «reproducen ejemplos espirituales y éticos» que inducen a una imitación siempre renovada y adaptada a cada caso; y es que los testimonios específicos revelan el espíritu de cada época y enseñan a forjar el propio carácter mediante su contemplación inteligente y admirativa¹¹. No importa tanto la distinción entre verdad y falsedad, sino la utilidad y las consecuencias del saber en su más profundo sentido. Y ello porque lo real se conoce a través de sus manifestaciones concretas en clave histórica, que uno debe penetrar sin abstracción para construir su propia aventura existencial: captar su sentido último, las implicaciones intelectuales y emocionales, lo connotado además de lo denotado. La premisa evidente es que el ser se constituye en el operar, como dejó magníficamente establecido G. Pico della Mirandola al hablar de ese camaleón prometéico que es el ser humano, cuya dignidad se cifra justamente en ser posibilidad abierta, plástica y versátil, para conformar la propia subjetividad. Proyecto plural e inacabable en el que alcanzan todo su sentido y valor las letras, pues la *humanitas* debe conquistarse y la palabra es el medio de adquirir los saberes necesarios para ello: «la auténtica libertad humana se ejerce a través del lenguaje, a través de las disciplinas, ya en la vida civil, ya en la contemplación. Porque con esas herramientas puede el hombre dominar la tierra, edificar la sociedad, obtener todo conocimiento y ser, así, todas las cosas (microcosmos)»¹². La construcción de la subjetividad y de la razón, es decir, de la propia dignidad, exige crear una rica experiencia vital que sea capaz de integrar también aprendizajes de las experiencias ajenas. En ambos aspectos la dimensión temporal, histórica y cultural, resulta sustantiva y sólo la debida formación *literaria* permite acceder a ello (conocer, asimilar y proyectar), de tal manera que la plasmación de resultados y acontecimientos tiene que ser narrativa casi por definición: la letra se hace vida sucesiva y fluente porque ésta engendró aquélla y viceversa.

Sírvenos para recabar más datos y recapitular constantes la obra de Baltasar Gracián, pues lo que importa aquí también es elaborar un «arte para ser dichoso», un saber para su uso actualizado y constante, práctico y «negociante» de la acción; un saber cauto y vigoroso, eficaz y valiente¹³. Se trata, por tanto, de adquirir una sabiduría que está más allá de los simples datos, de crecer «intensionalmente» y forjarse un carácter maduro a lo largo de la vida, signado por la «alteza de ánimo» y el «despejo» que en toda cualidad alienta (*ibid.*,

11 *Ibid.*, pp. 92 ss. Late en la lectura de Grassi, claro está, toda una interpretación filosófica que rechaza el monopolio del discurso racional clásico y enfatiza la interpelación vital del «aquí y ahora», expresada mediante la metáfora, la poesía, la ironía, etc., por cuanto el *mostrar* rebasa la mera demostración en riqueza y calidad, cf. pp. 178 s.

12 F. Rico, *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Alianza Universidad, Madrid, 1993, p. 171.

13 Cf. *Oráculo manual y arte de prudencia*, nn. 21, 72, 120, 232.

nn. 90, 127, 128). Es verdad que prima la máxima sobre el relato, pero no es menos cierto que ética y estética se unen para constituir al «hombre de gusto» (relacional y abierto precisamente por el lenguaje), capaz de estimar y elegir para gozar cada cosa en su punto, y complemento del ingenio y del juicio (cf. nn. 39, 298). Sin embargo, es en una obra semifantástica y alegórica, la sucesión de historias que es *El criticón*, donde se cuenta esa unidad de teoría y praxis que hace coincidir en arduo aprendizaje instinto y razón, la estrategia y el ideal ético. Ahí el «desengaño» como objeto y el «desciframiento» como clave —una vez que la naturaleza requiere arte como la materia obra—, para desenrañar al fin la secreta armonía y la conjunción de contrarios de la realidad ¹⁴.

Es imposible extenderse en la cuestión, pero cabe reparar en que esa fabulación que condesciende a la moraleja también encierra metafísica hecha teatro barroco del mundo y red de símbolos de lo que no se limita al mero signo. Podemos retomar la distinción ciceroniana entre demostrar e inventar para atribuir a la razón especulativa la formación de conceptos unívocos de carácter lógico-ontológico, centrados en las nociones de verdad o falsedad y aptos para la definición y las categorías, así como para la deducción causal necesaria. Por contra, en vez de análisis, abstracción y demostración, el ingenio de la filosofía conceptista induce e inventa, muestra sentidos múltiples y también figurados, emociones y valores que nos reclaman desde un contexto circunscrito y temporal. Tal es la función de un lenguaje preñado de analogías y metáforas, equívocos y correlaciones, que aprehende fragmentos del jeroglífico tejido de lo real. Y es que forma y fondo son estrictamente recíprocos: el ornato sirve a la precisión y densidad del concepto, donde la *agudeza* recrea (no imita) cuando asocia las cosas por medio de aquel nervio verbal y músculo semántico: siempre hay más de lo que se dice y una especial intensidad rebasa la pura «información» ¹⁵. Definitivamente, todo en el humano es artificio (cf. *Oráculo*, 12, 87) porque el genio natural y su juicio se quedan en poco sin el cultivo que lo desarrolla en *Agudeza y arte de ingenio* (cf. III). Otros títulos de textos graciosos nos confirman, en fin, la sutil mezcla de política, discreción y heroísmo que le atañe, compendio de un sabio proyecto vital que cada uno debe concretar y decidir.

II.2. Damos otro salto hacia la contemporaneidad para recordar con la misma concisión algunos hitos, de nuevo selectivos. Ni que decir tiene que el carácter histórico penetra la entraña misma de lo real de manera superlativa, llevando la dinámica anterior a cotas no alcanzadas; y quizá por eso el acento de la retórica en el presente y el futuro inmediato deja paso al énfasis narrativo por el pasado que nos constituye. No importa tanto la exhortación elocuente

14 Cf. respect., *El criticón*, ed. de E. Correa Calderón, 3 vols., Espasa-Calpe, Madrid, 1971, vol. III, 4 y 6 (pp. 95 s., 124 ss. y 144); I, 8 (p. 115); I, 2 y 3 (p. 33).

15 Pueden ampliarse datos en J. M. Ayala, *Gracián: vida, estilo y reflexión*, Cincel, Madrid, 1987, pp. 79 ss., 99, 127.

para la acción como el propio reconocimiento teórico de una subjetividad no trascendental.

El hilo conductor inicial será la noción de vida en Dilthey y Ortega: el alemán parte de la imposibilidad de explicar lo real en términos lógicos¹⁶, por lo que habrá que abrirse a otras dimensiones y perspectivas. Vida insondable que sólo puede ser expresada en lenguaje figurado, sea al modo de la poesía, de la religión o la metafísica; pero es que, además, si se profundiza en la primera tal vez «se pueda explicar con exactitud la acción de los procesos psicológicos en los productos históricos. En la historia literaria se desplegó entre nosotros la consideración filosófica de la historia. Acaso corresponda a la poética una significación semejante en el estudio sistemático de las manifestaciones históricas de la vida» (*Obras*, VI, p. 7, y antes, I, p. XX). No es que la filosofía abdique de sí misma, sino que debe considerar esos elementos que reflejan bien el carácter constructivo del proceso histórico, es decir, la experiencia sin mutilaciones de la vida manifestada en determinados «complejos vitales». Por eso recalca el autor que en la «conducta vital» que origina ideas del mundo se dan cita la comprensión, la estimación y la actividad volitiva que conforman la unitaria estructura psíquica; esto es, la «conexión de finalidad» y una «naturaleza humana común» cuyo orden de individuación se plasma en relaciones vitales fijas con la realidad, que es siempre y en todas partes la misma: la vida muestra siempre los mismos aspectos (cf. VI, 360 s.; VII, 16 ss., 279 ss.).

De ahí las críticas recibidas por lo que puede entenderse como sustancialismo ahistórico o psicologismo, cuando justamente se pretendía romper con la metafísica y el historicismo. Al fin y al cabo, Dilthey insiste en descubrir las conexiones finales en la historia, los sistemas evolutivos y las formas de organización cual si fueran leyes naturales. No es fácil, desde luego, abandonar las pretensiones de validez universal a pesar de la incisiva conciencia histórica, ni olvidar el afán filosófico de unidad consciente de la vida en sus conexiones epocales. Tensión quizá irresoluble, una vez más, entre el sistema y el evento singular, entre la estructura y el proceso, que haya que pensar conjuntamente. En cualquier caso, el valor de la hermenéutica es innegable: Dilthey habla de una «composición de la acción» que conforma la vida como drama, donde el intérprete no imita, sino que recrea la vida; y no es la ordenación objetiva, *adecuada* o legal del entendimiento, sino la fantasía la que establece conexiones no causales ni lógicas: «Dotada de la fuerza de expresar el movimiento vivo, lo imita *pro-curando* su doble carácter de acción y vida. La composición es un producto vivo en el que la vida queda objetivada como resultante de la fantasía creadora. La fantasía es producción de vida porque se deja conducir por ella», y adquiere un tono musical o pictórico. Así, «Tanto el drama como la narración son los modos privilegiados en los que se manifiesta la vida, en los que *toman*

16 *Obras*, FCE, México, vol. VII, p. 358.

cuerpo (conexión de la estructura anímica) de concepción del mundo»¹⁷. El comentarista condensa la dimensión irreductible del pensador germano que cierra el círculo por donde lo empezamos: la vida es un tejido no formalizable, el entramado o concordia discordante de los sucesos, afectos, ideas y acciones, como las notas de la melodía o los trazos en el cuadro, plásticos y variables, armónicos y diferentes a la vez. El viejo problema metafísico de lo uno y lo múltiple se traslada al discurrir histórico de la vida y sus concepciones, pero ante todo anida en la identidad de cada uno: es el gran desafío de la responsabilidad personal desde la interacción cultural y lingüísticamente mediada, el gran problema ético y estético, político y pragmático. Parece, en fin, una profunda cuestión de *estilo*.

Las aportaciones de Ortega a estas cuestiones no son menos evidentes y vale la pena recordar algunas. Para el autor español el ser ya no es sustancia ni actividad (fuerza, espíritu), sino puro acontecimiento: «El ser es algo que pasa, es un drama (...) El hombre no es *res cogitans*, sino *res dramática*, piensa porque existe»¹⁸. Carácter evenemencial común a lo real en su conjunto y a lo humano, que antepone la historia a la naturaleza en todos los órdenes como seña de esa identidad fluyente. La historia entendida como sucesivo acontecer del cual tenemos que averiguar los nexos que articulan sus diferentes estadios, es decir, debemos apreciar el sistema de las experiencias humanas («cadena inexorable y única»). Y para ello es necesaria una razón histórica immanente al proceso, «a posteriori», esclarecedora de ese binomio que forman el pasado y el presente: «Frente a la razón pura físico-matemática hay, pues, una razón narrativa. Para comprender algo humano, personal o colectivo, es preciso contar una historia. Este hombre, esta nación hace tal cosa y es así porque antes hizo tal otra y fue de tal otro modo. La vida sólo se vuelve un poco transparente ante la *razón histórica*» (*Historia como sistema*, O.C., VIII, p. 40). Ortega aprende de Dilthey, pero critica a la vez su apriorismo y se sumerge de lleno en ese puro acontecer cuyo *logos* es la narración. Ahora bien, el relato no renuncia a la inteligibilidad sistematizada y busca conexiones sustanciales para comprender los hechos micro y macrológicos, aunque nunca sean del todo transparentes. Las dimensiones culturales, sociales y políticas implícitas son obvias, sobre todo en épocas de crisis y encrucijadas como la presente¹⁹.

En sentido individual, la vida es única e intransferible para cada uno, al punto de constituir un quehacer constante y un programa vital que debe elegir siempre entre cierto margen de posibilidades contextuales. Es verdad que la circunstancia nos conforma internamente, pero no lo es menos la obligación de

17 A. Gabilondo Pujol, *Dilthey: vida, expresión e historia*, Cincel, Madrid, 1988, pp. 188 s. y 190, respect. Véanse también *Obras*, IX, pp. 34, 41.

18 *Prólogo para alemanes*, 4, en *Obras Completas*, Alianza, Madrid, 1983, VIII, p. 52.

19 Cf. M.^a C. Paredes Martín (ed.), *Ortega y Gasset. Pensamiento y conciencia de crisis*, Universidad de Salamanca, 1994, donde se reúne esa pluralidad de perspectivas.

ser libres sin repetir lo ya sido. Y es que uno es sujeto y función de su *drama vital*, donde un cambio de argumento supone un cambio fundamental (cf. *Historia...* VII, pp. 34 s.). Plasticidad y variación esenciales que de nuevo invitan a una lectura estética (no exenta de razón) por ser la más flexible y abierta: «la vida humana es, por lo pronto, faena poética, invención del personaje que cada cual, que cada época tiene que ser. El hombre es novelista de sí mismo (...) ¡Pues bien, la vida resulta ser, por lo pronto, ... un género literario!»²⁰. No se trata, claro está, de reducir el saber a ficción, pero la inventiva en sentido amplio resulta clave no sólo en términos cognoscitivos sino también valoradores, pues dice el autor en el mismo lugar que «el imperativo de autenticidad es un imperativo de invención» y que por eso la fantasía es la facultad primordial del ser humano. Todo nos lo jugamos con esa carta y su importancia no puede ser infravalorada, pues hay cierto isomorfismo de fondo entre vida, narración e invención, al menos en un doble sentido: círculo que inventa la vida y luego la cuenta, pues somos lo que hacemos y nos pasa, y la forma de saberlo (autoconstitución) es su relato. Además, la calidad del vivir depende de ese proyecto creado por la fantasía, que a su vez brota del desequilibrio e inadaptación definitivos de lo humano: «El hombre es el animal fantástico; nació de la fantasía, es hijo de *la loca de la casa*. Y la historia universal es el esfuerzo gigantesco y milenario de ir poniendo orden en esa desafortada, anti-animal fantasía. Lo que llamamos razón no es sino fantasía puesta en forma» (*Una interpretación de la historia universal*, O.C., IX, 190). ¡Cómo negar la complementariedad entre razón y ficción, historia y literatura, cuando nacen de esa raíz imaginadora profunda y común! Son dos expresiones de un mismo potencial, materiales recíprocos que no se confunden pero sí se trasvasan en dialéctica inacabable a lo largo del tiempo. Sin realizar amalgama ninguna y respetando las diferencias, nos parece claro que la vida se trenza con ambos registros y a menudo se nutre de esa interpenetración de límites difusos. Lo mismo podríamos decir —haciendo valer la analogía y sus matices— de la necesidad y el azar, lo algorítmico y lo estocástico, la mecánica y el juego; o, en otro plano, lo apolíneo y lo dionisiaco... Distingamos, pero sin disyuntar porque, después de todo, sólo prevalecen la incertidumbre y el vértigo.

Acabamos este periplo con Hannah Arendt y Paul Ricoeur, para rematar algunos asuntos. Sabemos ya que la estructura natural se ha hecho historia fluvente y ésta relato, que el ser se convierte en poder ser, que el proyecto racional tiene que ver con la fantasía y la ficción. H. Arendt también constata ese fenómeno, pero introduce enriquecedores aspectos: es conocida su distinción para explicar la «vita activa» entre *labor* (atención repetitiva y fungible a las

20 *Prólogo...*, 3, O.C., VIII, p. 29. A este respecto ha señalado F. Ayala cómo en Ortega el hombre es el estilo (expresión ejecutiva del yo creador del artista), p. ej. a propósito de Baroja: «El análisis literario le ha servido así para penetrar a fondo en el campo de su propia realidad personal, esto es, de su circunstancia», *El escritor y su imagen*, Ed. Guadarrama, Madrid, 1975, p. 38.

necesidades básicas de la vida), *trabajo* (permanencia e instrumentalidad de productos y relaciones sociales), y *acción* (dimensión específicamente ética y política de lo humano). Pues bien, esta última y el discurso que le es inherente (*praxis y lexis*) sólo son posibles en el ámbito público de lo intersubjetivo, del lenguaje y de la gran pluralidad de asuntos e intereses, que a su vez nos humanizan. Por tanto, la dimensión política es constituyente, antes incluso que la social o racional, según rastrea la autora en el pensamiento griego (sobre todo en Aristóteles)²¹. Así, la acción concita intenciones (motivos, fines, valores) y comportamiento efectivo, responde a necesidades en un marco público de transformación y comunicación, amén de la libertad interactiva de cada sujeto. Y esa acción genuinamente humana, que va más allá del mero hacer, engendra la historia en caudal tumultuoso del que se tiene memoria, pero de ninguna manera control.

En efecto, hay un problema de protagonismo limitado y de atribución de sentido: «Aunque todo el mundo comienza su vida insertándose en el mundo humano mediante la acción y el discurso, nadie es autor o productor de la historia de su propia vida. Dicho con otras palabras, las historias, resultados de la acción y el discurso, revelan un agente, pero este agente no es autor o productor. Alguien la comenzó y es su protagonista en el doble sentido de la palabra, o sea, su actor y paciente, pero nadie es su autor. / Que toda vida individual entre el nacimiento y la muerte pueda contarse finalmente como una narración con comienzo y fin es la condición prepolítica y prehistórica, la gran narración sin comienzo ni fin. Pero la razón de que toda vida humana cuente su narración y que en último término la historia se convierta en el libro de narraciones de la humanidad, con muchos actores y oradores y sin autores tangibles, radica en que ambas son el resultado de la acción»²². La historia personal de alguien sólo nos revela su identidad «a posteriori» como relato de sus acciones, y otro tanto cabe decir de la historia colectiva, porque lo importante es la ilimitada productividad de la acción, el establecimiento de interacciones y reacciones múltiples que la hace imprevisible y enmarañada: no hay plan general ni autor posible. Ese magma inabarcable y frágil empuja a la búsqueda suplementaria de sentido en forma de «mano rectora» que compense el dolor y la incertidumbre, sin querer aceptar que sólo quedan hechos y palabras: materia volátil que genera desconfianza cuando no desprecio, pesimismo antropológico incapaz de reconocer su sencilla verdad carnal, efectiva y numerosa, débil y fuerte en su perseverancia a veces heroica, humana... Sólo así, guste o no, hay procesos

21 Cf. *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1993, p. 40.

22 *Ibid.*, p. 208. De ahí el desdén platónico por los asuntos humanos, que parecen propios de marionetas manejadas por mano invisible. «Nada indica con mayor claridad la naturaleza política de la historia —su carácter de ser una narración de hechos y acción en vez de tendencias, fuerzas o ideas— que la introducción de un actor invisible tras la escena a quien encontramos en todas las filosofías de la historia, las cuales sólo por esta razón pueden reconocerse como filosofías disfrazadas», p. 209.

históricos y subjetividad, aunque no es el actor sino el narrador «quien capta y hace la historia» en cuanto que la interpreta y reconstruye cuando ha terminado²³.

En Ricoeur y obras tales como *Tiempo y narración* (3 vols.) o *Del texto a la acción* se dan cita buena parte de los temas ya apuntados, por lo que resumiremos al máximo. Recoge tanto el enriquecimiento de la subjetividad a través del texto literario, como la capacidad subversiva de la ficción en tanto reformulación de la experiencia y apertura al ámbito del poder ser y sus novedosas posibilidades de toda índole. Y eso porque lo literario pasa a segundo plano la denotación realista y añade un extra de significado en la «redescripción» metafórica, donde ésta cumple un papel análogo en el lenguaje poético al del modelo en el científico, pues ambos no pertenecen a la lógica de la prueba sino a la de la invención. Con la advertencia de no confundir todo eso con realidades ni con el discurso especulativo, «La interpretación, nuevamente, debe operar sobre conceptos, pero, a su vez, salvaguardar la intención constitutiva de la experiencia que se redscribe en la metáfora. Ésta ejerce su eficacia entre lo especulativo y lo poético, llevando al discurso conceptual a *pensar más*, a *pensar más allá*»²⁴. Una vez más se trata de ampliar el alcance del enfoque epistemológico hacia nuevas fronteras e incluir todo aquello que aporta interés y valor a la existencia humana y su consiguiente plasmación narrativa. No insistiremos en la ya tratada constitución diacrónica de la identidad a través del lenguaje que cuenta la experiencia vivida (y que el propio autor remite a H. Arendt), en la llamada comprensión de sentido decantada en «identidad narrativa»²⁵. Baste recordar que hay que trascender el simbolismo hacia la objetiva relación con el mundo que el texto recoge y ser conscientes de las implicaciones éticas que llevan aparejadas tanto la acción como su relato. El pensador francés aglutina como pocos la gran mayoría de elementos suscitados, en el marco de su hermenéutica, pero nos espera nuestra propia síntesis.

III. DESENLACE CRÍTICO

Es fácil apreciar cierta coherencia en estas tradiciones, por debajo de las diferencias históricas. El ejemplo de G. Pontano habla bien a las claras de una coincidencia fundamental con las lecturas actuales: la narración refiere la construcción humana de la historia, los nexos explicativos del devenir, los fines e

23 *Ibid.*, p. 215. Así, sólo el coro de la tragedia griega —no sus héroes— revelaba el significado universal de la historia en forma poética; y el teatro es el arte político por excelencia toda vez que su tema es el hombre en su relación con los demás, cf. p. 211.

24 M. Maceiras y J. Trebolle, *La hermenéutica contemporánea*, Cincel, Madrid, 1990, p. 169. Se da un buen resumen de estas posiciones en pp. 155, 179, 168.

25 Cf. *Temps et récit*, III, Ed. du Seuil, Paris, 1985, p. 355.

intenciones, los contextos e interacciones...; si bien hoy resulta clara la necesidad de acotar sectores, manejar muchas más variables y dejar un margen para lo desconocido, a la vez que la distancia con lo natural se acrecienta (p. ej. respecto a los residuos iusnaturalistas que la historia supuestamente desarrollaba). Acaso se reedita también en sentido moral y político la vieja pugna entre *virtud* y *fortuna* —citemos a Maquiavelo como otro representante paradigmático de todas estas notas, o la ausencia de una previsión completa de variables que indicaba H. Arendt—, como inextinguible conflicto de fuerzas varias sin secuencias lineales ni resultados seguros. De ahí la exigencia de cautela y matices en las unidades narrativas, sean biográficas o colectivas, así como su carácter revisable y abierto. En definitiva, hemos descrito el paso de una lógica causal y predicativa a otra relacional y evolutiva, de la pregunta por la identidad y el porqué al sentido y al cómo, donde los contextos fluidos hacen valer su peso *ecológico*.

Frente a la posible distancia entre teoría y vida de algunas posiciones, aquí se propone un modo de filosofar dialógico, la narración de experiencias (en su caso, sapienciales) con la mediación del lenguaje en primer plano, lo que a su vez explica la delimitación cultural de unos saberes cualificados para la acción que expulsan la simple verborrea. Autoconstitución permanente y radical de la subjetividad y la razón que abraza necesariamente lo que está dentro y lo que está fuera de los textos, porque éstos recogen una persistente experiencia práctica a la par que contribuyen a generarla. A lo cual se añade en ocasiones el ejercicio de un método multívoco, retórico y literario, decantado en el tiempo sin arbitrariedad, donde la connotación, lo mostrado intuitivamente y la perlocución enriquecen los ingredientes denotativos, apodícticos e ilocucionarios; y en otros casos una lógica narrativa más desnuda y articulada, sólo atenta a los avatares individuales o colectivos para captar una trayectoria sin intención didáctica. Pero siempre al servicio de la historia que fluye y de implícitos intereses humanizadores, a diferencia de imposibles asepsias científicas. Por lo demás, permanece el afán cognoscitivo que en la relación sujeto-mundo-otros sujetos intenta alumbrar ciertas constantes de lo humano que escapan a la relatividad porque se establecen en cierto modo «a posteriori», pero también cada vez que en presente se expresan y son reformuladas con la debida flexibilidad conceptual, emotiva y estética. Acontece, pues, la constante pugna del artificio por aprehender y desarrollar lo natural en la medida en que aquél es precisamente nuestra verdadera naturaleza que deviene. Algo, en fin, que está más acá del llamado giro lingüístico y más allá de la búsqueda de un trascendental.

Podemos extrapolar que el mismo saber narrativo participa de la fragilidad de su objeto, de su enrevesamiento y condición efímera, de la pluralidad a menudo enfrentada de lecturas y del perspectivismo propio de lo real (agentes, sucesos, discursos, conjuntos varios de datos), como diría Ortega. Sin embargo, es el único posible para ciertos asuntos, se tome o se deje; y según parece lo verdaderamente valioso siempre resulta resbaladizo y complejo en extremo, tal cual es la vida (que a veces mezcla ficción y realidad) y su delicada inteligencia.

De ahí también la deliberada ambivalencia ocasional que hemos mantenido entre filosofía y literatura, y sus distintos métodos, sin poder entrar en un comentario detallado que dejamos para otra ocasión. Sólo el miedo, la desconfianza profunda, la ignorancia o la mala fe pueden explicar la parálisis de quienes no asumen la responsabilidad de la propia aventura hacia la dignidad, por incierta que sea, y de su (auto)conocimiento por inseguro que parezca. A lo que se añaden los lazos íntimos de las relaciones con los demás en interminable vía de ida y vuelta. Por otro lado, la advertencia de H. Arendt —compartida por otros autores— contra la hegemonía de la esfera del trabajo sobre la esfera pública de la acción parece muy atinada, en especial cuando la política aparece degradada y rechazada en beneficio del economicismo, sin cumplir aún su esencial función humanizadora y participativa.

Cabe añadir otra perspectiva metacrítica en el sentido de evaluar algunas consecuencias prácticas para cada persona. Así, la autocomprensión que cada uno tiene de su vida responde al relato que se hace de la experiencia vivida: el grado de coherencia posible, la organización de los conjuntos de vivencias, la penetración mayor o menor en las causas y motivos, el tipo de lenguaje empleado, y especialmente la tonalidad emocional y valorativa que todo ello tiene. Se trata de una importantísima *escritura* que conforma la conciencia de sí a través de una memoria que además varía en el tiempo y reformula sus contenidos. Como es natural, los relatos también varían en justeza y calidad, lo que implica significados más o menos satisfactorios para el sujeto, autoexpresiones suficientes o no, etc. En otras palabras, puede hacerse una útil lectura terapéutica de la cuestión centrada en una re-escritura positiva, alternativa, enriquecedora... de la narración personal que *somos*: es posible entonces, por analogía con los textos, modificar la cognición de la vida, re-estructurarla para superar conflictos, generar nuevos significados y construir mejores proyectos a futuro ²⁶.

Se objetará con razón que no debe reducirse toda una vida a narraciones, que hay ingredientes inexpresables, inconscientes, etc., y que ciertas cosas no se manejan tan fácilmente como los textos. Pero aquí hay posibilidades no desdenables una vez establecido su alcance limitado: ayuda a tomar conciencia creciente de uno mismo y del entorno, luego hace más compleja la autoconciencia y ataca cualquier cosificación; además de la posible eficacia terapéutica de un enfoque cognitivo integrador que reconoce la gran importancia cotidiana del lenguaje interno (comunicación consigo mismo antes incluso que con otros, por decirlo así). Sin entrar en pantanos psicoanalíticos al modo de Lacan, por dar un ejemplo, acaso este planteamiento sencillo resulte más operativo y eficaz a tenor de los automatismos que en una u otra medida todos tenemos, pues en buena parte lo que se cree es factor capital y actuante del presente, amén de firme constructor de futuro, y, como es sabido, crea realidad: los sofis-

26 Cf. M. White y D. Epston, *Medios narrativos para fines terapéuticos*, Paidós, Barcelona, 1993, pp. 27, 31.

tas griegos no mentían al respecto. Su importancia filosófica es clara dada la obvia dimensión lingüística de la conciencia y la pregnancia emocional de todo discurso: las palabras nunca son neutras y las ideas conllevan una carga energética que apela a nuestra esencia-potencia-deseo, dicho en términos spinozanos. Tal es una de las raíces últimas de la unidad psicofísica y, en otro plano, de la fusión de teoría y praxis. Además, ¿no es también la filosofía una forma profunda de terapia al servicio de la lucidez y de la promoción de una vida dichosa?

Desde otro punto de vista, lo relevante es no renunciar por completo a ser autor de la propia historia (aún sabiendo que nadie lo es del todo), para lo cual las narraciones sucesivas que en diversas etapas cada sujeto se haga pueden ser muy útiles. De esta forma se funden ambos papeles —autor y narrador— como expresiones correlativas y parciales de un mismo agente en diálogo consigo mismo y los demás. Acciones, lecturas y escrituras constantes en circuito, donde cada instancia fecunda a las demás y donde no sólo se mira hacia el pasado sino que se proyecta hacia delante en clave de retroalimentación. Al fin y al cabo, lo que reaparece una y otra vez es el empeño de ser libres a pesar de los condicionantes, y ésta es una vía entre otras que contribuye a lograrlo mediante el tratamiento de la experiencia como un texto. Bien es cierto que la arcilla de la vida humana sólo admite un número limitado de re-escrituras, nunca gratuitas ni desligadas de una circunstancia, y que no es un juego de palabras. De hecho, supone la *encarnación* efectiva y completa de los aspectos retóricos y narrativos que nos han ocupado, la aplicación final que reasume todo lo demás.

Surgen entonces las graves y complejas relaciones entre poder y saber, manifiestas en el dominio a través de la interiorización de pautas hegemónicas de verdad, normalidad, comportamiento, etc., como productos positivos del poder mediante sofisticadas técnicas de conocimiento y control. Los trabajos de Foucault son un notable aviso crítico sobre la necesidad de *limpiar* la narración y la subjetividad de ciertas prácticas discursivas homogeneizadoras, opresivas y alienantes. Por último y a modo de resumen final, pueden contrastarse los modelos lógico-científico y narrativo (naturalista y artificialista los hemos llamado) en unos pocos items correlativos: *a)* experiencia: clasificación impersonal / particularidades vivenciales y significacionales; *b)* temporalidad: exclusión o cuantificación / inclusión *dramática*, esencial para el sentido; *c)* lenguaje: categorial, prácticas directas y *realistas* / modo subjuntivo, figurativo, poliperspectivista, sugerente; *d)* personalidad: carácter pasivo o reactivo, neutro / protagonismo creador, posibilidad de «re-escritura»; *e)* observador: exclusión objetivista / inclusión co-participativa y contextualizada²⁷. Se trata de un esquema indicativo con la intención de conjuntar el antagonismo de los modelos, pero también la

27 Sintetizamos con algún matiz el buen enfoque de M. White y D. Epston, *op. cit.*, pp. 34 ss. y 89 ss.

mera concurrencia e incluso la complementariedad de los mismos, en función de los distintos planos y circunstancias de la vida. El método filosófico y la actitud compleja aquí defendidos suponen su distinción no excluyente, y en determinados casos su expresa relación dialógica²⁸. Una experiencia integral y un discurso integrador se niegan a cualquier cosificación, interna o externa, con el ánimo de compatibilizar verdad y verosimilitud, ilocución y perlocución, conceptos y tropos, realidad y fantasía... sencillamente porque la vida lo demanda en su afán de plenitud.

LUCIANO ESPINOSA RUBIO

28 ¿No ha hecho la física actual saltar por los aires las viejas categorías filosóficas y científicas para abrirse a la metáfora? Así, p. ej., el Nobel de Química Prigogine afirma que «la naturaleza es una narración, una novela imaginativa que se va escribiendo progresivamente» (*El País*, 1-2-96, Suplemento *World Media*, p. 20), para destacar su dimensión creativa de novedad, lejos del automatismo tradicional.